

El Espanto del Mango o la brisa que manea



«... a la gente la manejan sin necesidad de cabuya o mecate, porque la persona está libre pero no puede moverse, y ¿quién la maneja?...: el espanto del árbol de mango.»

SIMÓN OLINTO BASTIDAS

Como ya se refirió anteriormente, Biscucuy nace en 1777, cuando 2 358 indios tributarios de la región pidieron a la suprema autoridad eclesiástica su erección en parroquia considerando que allí podrían concentrarse los habitantes de Chabasquén, Santo Domingo, Pozo Hondo y Las Cruces. Ese año, el obispo Mariano Martí mandó a construir una iglesia en el sitio conocido como La Playa, a orillas del río Biscucuy. En 1780, el mismo obispo lo erigió en parroquia. Biscucuy llegaría a ser con el tiempo un promisor centro agrícola del estado Portuguesa.

SIMÓN OLINTO BASTIDAS

Reconocido poeta biscucuyense

Hace dos meses, en pleno siglo XXI, en la parroquia Villa Rosa espantaron a Gabino, un obrero, y a Alexis Lozada, un señor que le dicen Leque y trabaja en la alcaldía. En esa barriada hay un palo de mango en una bajada, en Campo Ameno. Allí a varias personas las han asustado, eso es como un ventarrón que detiene a la gente y la deja en el mismo sitio. A Gabino le pasó, él caminaba pero siempre quedaba en el mismo sitio. No podía moverse, él creía que estaba subiendo la cuesta, pero era mentira, y creía que estaba gritando, pero tampoco gritaba, porque los que viven en la casa que está como a diez metros no lo oyeron. Gabino cayó privado y lo encontraron unos muchachos que pasaban cuando ya estaba amaneciendo. Dicen que eso y que es un ventarrón que trae una voz que cruza la carretera y no deja que la persona ni suba ni baje. Ahí también muchas noches tarde han visto una luz. En ese sitio a la gente la manejan sin necesidad de cabuya o mecate, porque la persona está libre pero no puede moverse, y ¿quién la maneja?...: el espanto del árbol de mango.

FRANCISCO ROSALES

Me pasó aquí en Biscucuy, una noche que venía yo de casa de unos amigos, y en una esquina que llaman la esquina del amor. Cuando yo salgo a esa esquina veo que como a una cuadra tienen la calle trancada con unas mesas y arriba de las mesas estaba un hombre de unos veinte o veinticinco años en cuatro patas. Por allí no pasaba nadie porque la calle estaba completamente cerrada. El hombre era moreno claro..., ese hombre debía pesar como tres mil kilos porque era tan grande agachado que yo calculo que parado debía tener una estatura como de quince metros. Era muy grande y me estaba mirando fijo..., yo seguí avanzando mirando al suelo y como a la media cuadra levanto la vista y el hombre estaba allí..., viéndome. Yo pienso: Voy a pasar por allí y sigo caminando. Avanzo, y el hombre me queda como a veinte metros. Paso la calle y hay un poste allí. Yo me abrazo del poste y miro al hombre. Él me mira. Yo dije: Voy a pasar por allí, por debajo de las mesas. Pero en eso me aconsejé yo mismo cuando estaba a punto de pasar: No..., es mejor no pasar por ahí porque ese hombre me puede hacer algo. Me tiro por el medio de la calle y me regreso, pero yo nunca pensé que me iba a dar miedo. Yo sabía que era una cosa sobrenatural, pero no tenía miedo. El hombre se veía clarito porque allí sí estaba un bombillo y seguía con la mirada fija conmigo. Cuando cruzo para la calle Negro Primero se me pararon los pelos. Mire, yo no sentía ni la ropa ni el sombrero. Yo me tocaba a ver si tenía la ropa, pero tampoco corrí. Subí por la calle Sucre y llegué al botiquín Brisas Larenses que era donde yo trabajaba, pero allí no me abrieron la puerta. Eso fue en el año 1961, estaba el gobierno de Rómulo Betancourt y había muchas guerrillas. Seguí..., di la vuelta por la calle Páez a media cuadra del hombre, pero no pude ver si el hombre estaba todavía porque el miedo me llevaba dominado. Llegué a la casa de mi tío, lo llamé, pero no le dije nada, me acosté solo en un cuarto donde yo dormía. La casa donde quedaba el bar Brisas Larenses, de Gabino García, todavía existe en la calle Páez, entre la calle Sucre y la Bolívar.